

# CARLOS ARTURO TORRES

EL ESCRITOR, EL PERIODISTA, EL ORADOR,  
EL PENSADOR, EL POETA, EL DIPLOMATICO.



Dr. CARLOS ARTURO DIAZ

Conocí de vista a Carlos Arturo Torres, en los dos últimos años de su existencia. Llegaba a Bogotá después de desempeñar el Consulado de Liverpool, caído el General Reyes e inmediatamente se incorporó a la vida activa, fundando el periódico "La Civilización", que era leído y solicitado con interés dada la robusta y recia personalidad de su director. Aun me parece verlo, transitar por las calles del entonces Bogotá, vestido discreta y correctamente, con sus fluxes ingleses, sus corbatas Tremblet, su cuello duro, volteado —como se llamaba entonces—, sus lentes un tanto gruesos, para corregir su miopía y su andar y porte elegantes, su permanente sonrisa, muestra de la especial simpatía que emanaba de su persona toda. Con frecuencia se detenía a conversar con sus amigos y era entonces el centro de atracción y curiosidad de los transeúntes.

En cuanto a su aspecto físico, Raimundo Rivas, nos dejó de él la siguiente descripción:

"Alto, fornido, con tendencia a la obesidad. La frente amplia, sobre la cual se deslizaba un bucle rebelde. La nariz fuertemente delineada. Espaldas sólidas, como forjadas para recibir el peso de las responsabilidades. La voz acostumbrada a ser verbo de verdad, alta y vibrante. La mirada inteligente y escrutadora, que pugnaba en vano por vencer la oposición del grueso cristal de los lentes y de la incurable miopía, esa miopía terrible que en sus tiempos de estudiante en el Externado —del cual fue ornamento desde que principió sus estudios hasta recibirse de doctor en ciencias políticas— hacía exclamar a uno de sus discípulos, entre admirativo y burlón:

Sublime inspiración, vate fecundo, va a ser quizás la gloria del país, y sin embargo en el ingrato mundo se dice que este genio sin segundo no ha visto más allá de la nariz".

Su periódico "La Civilización" apareció el 2 de enero de 1910 editado primeramente en la Imprenta de don Alberto Aubert, situada en ese enton-

ces, en la acera oriental del Parque de Santander y posteriormente en imprenta propia, en la esquina de la misma plaza, con la calle 16 antigua calle de Palau.

En ese primer número, dijo muy claramente, cuál había sido su orientación periodística en el pasado y cuál sería con ese nuevo diario en esos tiempos y lo dijo en las siguientes serenas y admirables frases, que me parecen tienen ahora vívida realidad y en las cuales puede decirse, que resumió su credo de pensador, de filósofo, de sociólogo y de político:

"Pudieran señalarse en nuestro oscuro puesto tres etapas bien definidas. "La Crónica", luchó por la libertad; "El Nuevo Tiempo", por la paz, organizar la democracia de la libertad primero después por la tolerancia, y la conciliación y últimamente por la justicia y por el derecho, es la orientación general de toda literatura de ideas de nuestra época y el sentido supremo de la civilización contemporánea.

"La presente generación intelectual del mundo, es al propio tiempo tradicionalista y revolucionaria. Tradicionalista porque sabe por inspiración y por estudio, cuánto valen en las sociedades y en los individuos, los aportes fisiológicos de la herencia y los aportes de la tradición. Revolucionaria, porque comprende que en ciertos momentos —y el actual en nuestra patria es uno de ellos—, la preservación del presente, vale mucho menos, que la elaboración del porvenir. Esto explica y justifica con razón intensa, esos acercamientos y alianzas de los partidos, verdadera conjunción de ideales, que se produce cuando el cuadrante de la historia, señala la hora de los grandes movimientos salvadores de la sociedad.

"Base de esa equidad política, de esa justicia social, son el buscar el bien, por medio de la afirmación del derecho; la intensa y valerosa revaluación

de doctrinas, para encontrar la fórmula que haga posible la convivencia de todos, en pie de igualdad dentro del solar común; el valor para eliminar el prejuicio, o de renunciar a la superstición, así sean ellos los más arraigados en nuestra mente o los más caros a nuestro corazón, la actitud receptiva, siempre despierta fuerza vívida, original, audaz, que busca la sombra de salud, sin miedo de lo desconocido, ni pesar por lo abandonado; el espíritu de aptitud acumulador de las nuevas riquezas, que el esfuerzo intelectual de la humanidad descubre día a día; el discernimiento de lo que hay de deleznable y falso en nuestras doctrinas, para abandonarlo sin amarguras ni recriminaciones y el reconocimiento de todo átomo de verdad que haya en las más adversas creencias, para programarlo, sin reticencias ni vacilaciones; la generosidad intelectual y moral que hace justicia al contrario de su corazón y de su derecho y reconoce la esperanza de rehabilitación al vencido y al paria la posibilidad de la ascensión. Todo ello repetimos, son forma de esta justicia pública, de esta equidad social, de este supremo respeto por la dignidad humana, tercera etapa de la cultura después de la libertad y de la paz, que ya han alcanzado parcialmente países de alta educación política como Inglaterra y sin la cual todo triunfo es efímero y todo progreso imposible".

Gozaba y con razón, de merecido prestigio, dentro del círculo de sus íntimos no solo como escritor y poeta, sino como ciudadano de altas y excelsas virtudes. Se celebró en ese año el centenario de la Independencia y fue Torres, el orador preferido del público y aquel acontecimiento, le dió motivo para pronunciar tres admirables discursos, que el público todo, oyó con entusiasmo indescriptible.

Fue el primero de ellos el pronunciado en el antiguo Salón Amarillo del Palacio de San Carlos el 10 de julio de

1910, al recibirse como miembro de la Academia Colombiana de la Lengua, para ocupar el sillón de don Santiago Pérez. Quienes lo oímos en nuestra condición de modestos estudiantes de literatura del Colegio del Rosario, pudimos apreciar después, que los conceptos que empleó para retratar el carácter y el estilo de don Santiago, pueden aplicarse al mismo Torres: "Atildado escritor, perfecto estilista, primoroso artífice de la palabra escrita, poeta de límpida inspiración, orador académico, eternamente preocupado de la forma suprema, como digna vestidura del pensamiento, eterno prosador de la belleza y de corrección insuperables cuyas páginas son modelos de buena prosa castellana y de no eclipsada elocuencia".

Ocho días después, el 18 de julio siguiente, desde nuestro modesto puesto del "gallinero" del Teatro Colón, le oímos otro admirable discurso como mantenedor de los Juegos Florales de Bogotá celebrados en ese año por iniciativa del Jockey Club y en el cual puso de presente las estrechas relaciones existentes entre el arte y la poesía, y cuando apelando a un bello símil, retrató lo que eran las generaciones en el tiempo y en el espacio y con admirable dicción contó cómo en la exposición de París en 1905 exhibíase "Un bajo relieve admirable como ejecución y concepción: tres mujeres hermosas, pero de belleza diferente, van en una barca que voga por un mar ilimitado. La que ocupa el centro del esquife rema con vigor, y en sus facciones grabada está la energía del esfuerzo actual, la labor inmediata y apremiante, la obra del día, el afán de la hora; la que va en la popa, lánguida y pensicrosa, hunde la mirada plena en las melancolías y en las soñaciones del recuerdo en la playa que se va alejando; en todo lo que la ausencia irremediable arrebató para siempre, en todo lo que se ama y se deja

para no volverlo a ver jamás; la que va en la proa, radiante de fe y de juventud, leda y férvida explora las azules lejanías de donde ha de surgir la isla encantada que forja el ensueño y promete la esperanza. Al pie hay grabadas estas palabras: pasado, presente, porvenir. Esas tres tripulantes de la barca misteriosa, son en el caso presente las generaciones que fundaron la Patria, las que hoy luchan por salvarla, los que la salvarán, erigiendo con las energías del presente y sobre las formaciones del pasado, los sistemas del porvenir".

Damas, caballeros, estudiantes y público, todos estallaron en una sola e incontenible ola de aplausos.

Luego el veinte de julio siguiente, Bogotá presenció la más grande, la más bella y la más apoteósica de las conmemoraciones del centenario: la inauguración en la Plaza de San Victorino de la estatua del Precursor don Antonio Nariño. De la Plaza de Santander partió una procesión de dos mil lindas damas, ancianas, señoras, señoritas, jóvenes y niñas, en un desfile que encabezaban las descendientes del prócer, llevando coronas de laurel, banderas colombianas y cestos de flores. Tras de las damas iban diez mil niñas de todas las escuelas y colegios bogotanos, vestidas de blanco, todas ellas portando flores que arrojaron luego sobre la estatua, cubriéndola literalmente con sus bellos colores y embalsamando el ambiente con sus olores y perfumes, llegando luego las Universidades, los Colegios de varones, todas las Academias, las autoridades civiles, militares, eclesiásticas, el cuerpo diplomático, los gremios de artistas, artesanos y obreros, el pueblo entusiasta y respetuoso, que llenó íntegramente todo el amplio patio de la plaza, calculándose entonces la concurrencia en más de treinta mil personas, homenaje organizado por la distinguida escritora doña Soledad Acosta de Samper, en el sitio mismo

en donde noventa y siete años atrás, Nariño había obtenido la más grande y la más heroica de sus victorias, contra las tropas unidas de Antonio Baraya y de Camilo Torres que pensaba derribarlo del poder y ocupar la capital.

Cuando Torres se levantó al pie de la estatua, para principiar su oración, aquella multitud enloquecida, lo saludó con una atronadora salva de aplausos, que lo mantuvo silencioso y emocionado durante varios minutos y cuando el eco se calló, el tribuno con voz clara y vibrante, al ver aquel entusiasmo sin límites, dió rienda suelta a su inspiración y apartándose de los escritos de su discurso, quiso se grabara ese momento para el futuro, en las mentes de las generaciones, que sucedieran a las presentes en ese día y con elocuencia inimitable captó el histórico acontecimiento en estas bellas y animosas frases:

"Este concurso brillantísimo de distinguidas damas, grácil teoría de hermosuras que marcha a un propósito de exaltación del alma colombiana, en homenaje patriótico del cual sería difícil encontrar el presente, ni buscar la imitación. Esta apoteosis, digna del héroe que ante todo fue gentil y apuesto caballero y modelo de honor y de virtudes privadas, esta inmensa reunión de pueblo nunca antes vista entre nosotros, esta férvida y unánime elación del alma colectiva, este estremecimiento que ha circulado como un espasmo eléctrico por la misma concurrencia en el instante en que se ha descubierto el bronce vivificado por el ya ilustre genio de Greber; este entusiasmo delirante y atronador, este diluvio de flores y este concierto de aplausos y de himnos, más que la glorificación de un hombre, es la glorificación de Colombia misma en su representativo genial y auténtico, es la afirmación suprema del concepto de solidaridad compatriota, su símbolo y su ideal.

"La fiesta es digna de nuestra historia y de nuestra sociedad y nunca como ahora se ha cumplido mejor aquel concepto, de que el insulto de hoy es el primer sufragio para la estatua de mañana. Hemos tardado un siglo para esta reparación, pero ella será como aquella flor maravillosa de la India que tarda cien años en brotar, pero que una vez abierta no muere jamás. Nariño, como el trágico griego, ha podido escribir en la obra de su existencia esta altiva dedicatoria: Al tiempo".

Al año siguiente se le nombraba Ministro Plenipotenciario ante el Gobierno de Venezuela. En Caracas pronunció otros dos enjundiosos discursos, uno, para recibirse de Miembro de la Academia de Historia Venezolana, en el cual, luego de demostrar un dominio completo del tema hizo un análisis de todos los historiadores venezolanos, de sus obras y de sus juicios, para concluir, que la verdadera historia es aquella "que según la escuela sociológica, hace de esta una verdadera ciencia natural, algo así como el eslabón superior de la biología y que en los acontecimientos humanos busca la influencia de la raza y del medio y la múltiple casualidad de los hechos físicos, independientes de la humani-actuación o sea la vibración paralela y armónica de la naturaleza y el hombre" y luego en forma discreta, insinúa su crítica contra los historiadores que al escribir historia solamente se acordaron del fanatismo por las glorias épicas, que exalta el caudillaje e intensifica la fascinación de los hombres de presa, con la reviviscencia del culto a esa deidad de los escitas: la espada.

El otro discurso fue un canto, un elogio bellissimo a la persona de Eugenio de Hostos, el gran pensador nacido en Puerto Rico, a quien calificó de verdadero ciudadano de la América Latina y el profesor más notable del hispano-americanismo.

Estas fueron sus últimas producciones:

Indudablemente su mejor obra fue "Idola Fori", escrita contra las supersticiones políticas de los hombres, los gobiernos y los pueblos. Ella se dedica a combatir todos aquellos ídolos del foro, de que habló primeramente Bacon, especialmente los consignados en los viejos conceptos de "con los tuyos con razón o sin ella", y de Vox Populu, Vox Dei. Esta obra mereció los más altos elogios de escritores americanos; así Rodó le escribió desde Montevideo, apenas recibida la obra el 10 de septiembre de 1909:

"Por la selección de su espíritu y la índole de sus ideas, usted es de los escritores que merecían tener en América cura de almas. Su libro es una lección que hará enorme bien en la cátedra de instrucción cívica y moral. Pocas lecturas tan oportunas para la juventud; en estos pueblos no hay espíritu sincero y reflexivo que no tenga allí mucho que aprovechar".

"Si pudiéramos dar impulso con nuestro ejemplo a un movimiento de producción de ideas, que se encaminase a un fin de educación social, de formación de la conciencia colectiva de estas sociedades, sobre fundamento de paz, de amor, de tolerancia y de cultura...

"Le dice que ha recomendado su lectura a sus amigos", como exquisito manjar intelectual y termina llamándolo poeta, pensador, alto y noble espíritu" y ofreciéndole prolongar la segunda edición de la obra. Inútil recalcar cuan alto valor tiene este concepto de quien en el otro extremo de la América, predicaba las mismas ideas de nuestro compatriota.

Por su parte Ventura García Calderón le decía que ella, era testimonio glorioso de la madurez de este pensador, que ha ido de la poesía a la crítica en esta obra. "Idola Fori", en cu-

yos umbrales quiere recibirme su generosa amistad".

Desgraciadamente las ideas y los conceptos de Torres, no fueron escuchados y atendidos en su tiempo. Hubo —por ejemplo en 1899— otra voz que se elevó contra la suya, y fue la del General Uribe Uribe. El país, poseído de una psicosis de guerra, desechó a Torres y siguió al caudillo, pero el tiempo, gran reevaluator de conceptos y de hombres, por boca del mismo General, pocos años después le daba la razón, cuando sostuvo que "los colombianos habíamos ido a la guerra a matarnos, por cuestiones que no sabíamos en qué salsa se comían" que era precisamente uno de los conceptos fundamentales de Torres para condenar las revoluciones.

Por eso en él lo que hay que admirar sobremanera, es su sinceridad y su honradez para predicar y practicar sus ideas y era porque él creía, con Renán, uno de sus mentores, que "siendo el hombre incapaz de resolver seriamente ninguno de los problemas metafísicos que ha tenido la imprudencia de proponerse, qué debe hacer el sabio en medio de la guerra de encontrados sistemas? Abstenerse, predicar la tolerancia, la caridad, la benevolencia siempre sin pretensión, la alegría; no odiar a nadie, reír de todo, excepto de la verdad".

No tengo tiempo para comentar sus otros estudios, sobre los pensadores ingleses, franceses y españoles; me basta solo anotar, que a la manera de Waldeck-Rousseau, el político francés, en cuyo honor escribió un bello elogio, fue siempre fiel a sí mismo y por eso apareció en no pocas ocasiones, en contradicción con su partido, de ahí que su actitud fue en alguna época, incomprensible para los espíritus sectarios. Su indulgencia para juzgar a los hombres fue ilímite, pero sin sacrificar en su juicio ni la verdad, ni la justicia, de ahí su enternecido escrito

sobre Oscar Wilde, en el cual prescinde de sus faltas, para recrearse sólo en su portentosa obra literaria, tal vez porque él practicó el lema de Almafuerte, el vate argentino:

"Hay un golpe de luz en el fondo de aquellas viles vilezas humanas".

Carlos Arturo Torres nació en Santa Rosa de Viterbo el 18 de abril de 1867, en el hogar del doctor Bonifacio Torres y de su señora Mercedes Peña. Su padre fue un ilustre jurisconsulto, que ocupó con brillo altos puestos en el poder judicial de Boyacá. En alguna ocasión, le oí decir al doctor Eduardo Rodríguez Piñeros, que su progenitor había sido un sectario terrible, que profesaba especial odio a los liberales, en términos dizque decía, que un liberal de orden, era solo un buen ladrón.

No se de donde obtuvo aquel distinguido hombre público, tal información, pero parece que ese concepto es equivocado, y varios hechos lo demuestran. Su nieto Carlos Arturo Torres Pinzón, vivió en Tunja con el abuelo en su casa y me informa que nunca le oyó nada que lastimara las ideas o las personas de sus adversarios políticos, que era un hombre servicial y bondadoso y si esta afirmación de persona de tan alta autoridad, no desmintiera la conseja de que hablo, otros hechos la confirmación, como el de que su padre no le envió, cuando apenas tenía diez y siete años, a estudiar al Colegio conservador de la Universidad Católica, sino al liberal de San Bartolomé, en 1884, y luego no le opuso traba alguna para que continuara sus estudios en el Externado de Derecho que regentaba don Nicolás Pinzón Warosten, que era precisamente la antítesis de los Colegios y Universidades conservadoras de la Capital. De manera que no podemos aceptar este concepto así a la ligera, ni creer por ello, que el doctor Bonifacio Torres estuviera aquejado de una de aquellas fobias de que se ocupan hoy la Psiquiatría y la

Psicología experimental, que sufriera defronemofobia, que es el odio al pensar, o de ideofobia que lo es a las ideas, o de androfobia, que lo es a los hombres, de anatrofobia, o sea odio a las gentes de distinto partido.

Pero no solo la obra en prosa de Carlos Arturo Torres, es digna de estudio y de elogio. También dejó una admirable obra poética, sobre la cual el insigne escritor Vicente Blasco Ibáñez, se expresó en el *Liberal de Madrid*, en el año de 1909.

"En obra poética, el más avanzado modernismo en ideas y formas, está hermanado al culto y conocimiento de las más caras tradiciones castellanas. En las cinco partes de que consta la obra, la inspiración social y filosófica, el culto del amor, el culto de los recuerdos melancólicos y tiernos y la vibrante nota del combate político, han sido tocadas con sin igual maestría".

Sus primeras producciones poéticas, lo fueron composiciones ligeras, escritas en los álbumes de distinguidas damas bogotanas en el año de 1884, para María de Jesús Arias Argáez, María Josefa León Gómez, Josefina Suárez, Teresa Tanco y otras varias. Según parece, su primera producción poética fue la de la señorita Arias, que comienza así:

"Como sobre una tumba en mármol  
[frio,

Algún nombre detiene al caminante,  
Así sobre estas páginas el mío,  
Atraiga tus miradas un instante".

Del Colegio de San Bartolomé se dirigió a Bucaramanga en donde en asociación de Ismael Enrique Arciniegas fundaron el periódico "El Impulso", formó entonces por breve tiempo, en las filas del independentismo liberal; el Gobernador del Departamento General Aurelio Mutis resolvió hacer, de lo que hoy se llama Secretaría de Educación y entonces Dirección de Instrucción Pública, una oficina de lujo y en efecto

nombró a Arciniegas como Director y como colaboradores a tres intelectuales que dejaron su nombre escrito en las páginas de la historia santandereana como poetas de altísima valía, que fueron Torres, Roberto de J. Díaz y Marco Aurelio Serrano. Se celebró entonces el 20 de julio de 1887 con grandes festejos públicos y sociales, ya Torres se había destacado brillantemente y por la noche en una velada social que culminó en un gran baile de gala, cuando apenas contaba veinte años de edad, el Presidente del Centro Social, antecesor del actual Club del Comercio, don David Puyana lo designó para que pronunciara el discurso alusivo al acto y lo hizo, —en medio del asombro de los concurrentes— en verso en las siguientes décimas:

El señor Carlos Arturo Torres dijo:  
Señoras, señoritas, señores.  
Veinte de Julio! Qué día!  
De tu sol al rayo estuvo  
Un pueblo se yergue altivo  
Para ahogar la tiranía;  
La inmensa noche sombría  
Rasga el velo abrumador,  
Y se contempla el ardor  
Con que un pueblo solitario  
Humillado en un calvario  
Se hace Dios en un Tabor;

De nuestras glorias pasadas  
Hoy suena el eco profundo...  
Va a mostrar Colombia al mundo  
Sus famas anonadadas,  
Y las figuras sagradas  
De los héroes recordar,  
Hoy quiere en este lugar  
Para aprender sus historias  
Para esclarecer sus glorias,  
Para sus muertes llorar,

Del tenebroso pasado  
Van surgiendo una por una...  
Acebedo en la tribuna  
Y Caldas sacrificado,  
Robar el fuego sagrado

Como nuevo Prometeo  
A Camilo Torres veo  
Y atónito, mudo escucho  
A Córdoba en Ayacucho  
Y a Ricaurte en San Mateo.

Ricaurte, tu afán de gloria  
Cumpliste, y muerto triunfaste,  
Y alto nombre conquistaste  
En el altar de la Historia;  
Colombia por tu memoria  
Lleva perdurable duelo,  
Mas tu cumpliste tu anhelo,  
Que en tu orgullo sin segundo  
Despreciaste el bajo mundo  
Y hallaste tumba en el cielo!

De Colombia en la mañana  
Surgieron gigantes hombres;  
Para ensalzar esos nombres  
No tiene trompas la fama,  
Cuando el esclavo los llama  
A derribar el tirano,  
Y del mundo americano  
En la gigante extensión  
No hay un solo panteón  
Que no guarde un colombiano!

Oh soldados que en la tierra  
Ya para siempre dormís,  
Y en vuestras tumbas no oís  
el grito infausto de guerra;  
Sobre la losa que os cierra  
Con el llanto popular  
Crecen flores, y al orar  
mezcla la patria en su duelo  
Las lágrimas de su cielo,  
Los lamentos de su mar!

Qué epopeya! Los titanes  
De la magna libertad  
Recorren la inmensidad  
Como raudos huracanes;  
El fuego de los volcanes  
Bulle y fulgura en su seno  
Y con el fragor del trueno  
Caen sobre la tierra esclava,  
Como torrentes de lava  
Sobre llanuras de cieno!

Los reyes tiemblan de espanto;  
Nuestros fogosos corceles  
Pisotean los laureles  
De Bailén y de Lepanto!  
Cubre funerario manto  
Del imperio el rojo sol,  
De Junín el arrebol  
Oscurece a Ceriñola,  
Y se abate esta vez sola  
El estandarte español!

El odio jamás extinto  
Roe el pecho a los iberos  
Y chispean los aceros  
En el bélico recinto;  
Del imperial Carlos Quinto;  
Cae el cetro hecho pedazos;  
Se destruyen nuestros lazos  
Y surge la libertad  
Como una oriental deidad,  
De Bolívar en los brazos.

Una doliente figura  
Se presenta a mi memoria;  
Jamás registró la historia  
Ni más grande, ni más pura.  
En su inmensa desventura  
Lucha y no vence; inhumanos  
Lo persiguen los tiranos  
Y él para vencerlo vive,  
Y como premio recibe  
El desdén de sus hermanos!

Nariño! Cuando flaquea  
Mi azorado pensamiento,  
Y un sombrío abatimiento  
Mi alma y mi razón rodea,  
Fija entonces en ti mi idea  
Encuentra fuerza bastante  
Para seguir adelante  
La lucha sin vacilar,  
Que tú enseñas a luchar  
Con la fuerza de un gigante!

Este afán de libertad  
Que tiene el hombre proscrito,  
Este anhelo de infinito  
Que aqueja a la humanidad  
En su gigante ansiedad,

En sí mismo lleva impreso  
Terrible sino y por eso,  
En nuestra vida sin gozo  
Cada triunfo es un sollozo;  
Cada dolor un progreso!

Oh! humanidad que sin guía  
Turbios de llanto los ojos  
Camina por entre abrojos  
En alta noche sombría!  
Cuándo lucirá el gran día  
En que tu afán sin segundo  
Calme y mires del profundo  
Desconocido surgir  
El brillante porvenir  
De la libertad del mundo!

Ya lo alcanzas; ya eslabona  
A las naciones la idea  
Que se transmite y chispea  
Y vuela de zona en zona...  
Ya el pensamiento pregona,  
El trabajo y la virtud,  
Y cubre eterno ataúd  
La execrable tiranía,  
Y ya luce un nuevo día  
Y muere la esclavitud!

Marcha con vuelo seguro  
Como un rayo la palabra;  
la tierra su entraña labra  
Y se explora el antro oscuro!  
Ya cruzan el éter puro  
Colosales faetontes  
Y por abrir horizontes  
A los ávidos humanos,  
Se besan los océanos  
Y se doblegan los montes.

Y ya la voz no resuena  
De la trompa y del cañón;  
Ya se ha dormido el león  
En la ensangretada arena!  
Doquiera alegre resuena  
De paz y olvido el cantar,  
Y el ibero abre su hogar  
Al gallardo colombiano,  
Y éste le tiende la mano  
Sobre las ondas del mar!

Como bien lo captó el escritor ya citado, el culto al amor fue uno de los temas preferidos, de su inspiración. Casó, la primer vez, con la distinguida dama doña Lucrecia Pinzón, nieta del ilustre hombre público y escritor, constitucionalista y político santandereano, el doctor Cerbeleón Pinzón. Era éste, hijo de don Nicolás Pinzón, casado en Vélez, con doña Concepción Ruiz y Chaves hijo a su vez de don Joaquín Pinzón y Ferro, quien a su turno era nieto de Juan Beltrán Pinzón, personaje que se estableció en Vélez en la época de la conquista y el cual según Fray Alonso de Zamora "era descendiente de aquellos famosos pilotos que descubrieron la América con don Cristóbal Colón".

A ésta, su primera esposa, le cantó cuando vivía, en una tierna poesía que principiaba de esta manera.

"Tu nombre dulce ritmo,  
De ignotas melodías,  
A que mi acento trémulo,  
Tu nombre pronunciar,  
Es nota en el arrullo,  
Del ave en lejanía,  
Es luz en el lucero  
Que riela sobre el mar.

Cuando la muerte se la arrebató, le compuso entonces una conmovedora elegía, en versos alejandrinos de una sonoridad, de una ternura y un sentimiento conmovedor, y que título **In Memoriam**, en la cual se refleja la influencia de Víctor Hugo y de Lamartine.

"Aroma de flor pura, fugaz viajera  
[blanca  
Aquí se acerca un alma doliente de  
[contemplar  
Perfuma cariñosa, la tierra, el vuelo  
[arranca,  
Y parte a otras regiones la esfera a  
[iluminar.

El llanto —estéril-lluvia— del co-  
[razón desborda  
Y el alma en el sombrío naufragio  
[en que se hundió,  
Halló en su desamparo la tierra cie-  
[ga y sorda,  
Llamó al cielo y sus puertas cerra-  
[das encontró!

Oh Dios! si nada dura, si todo es so-  
[lamente  
El sueño de una hora, la sombra de  
[un ayer,  
A qué el esfuerzo heroico del brazo  
[y de la mente?  
A qué la vida surge del fondo del  
[no ser?...

Mas no, que a veces brillan estrellas  
[fugitivas  
Que muestran del camino la etapa  
[superior,  
Estrellas que iluminan las frentes  
[pensativas  
Marcadas con el sello del genio y del  
[dolor.

Muriendo hora por hora la humani-  
[dad avanza,  
Y todos allegamos del Bien eterno  
[en pos  
Los unos sus dolores, los otros su es-  
[peranza  
En esa escala inmensa que va del  
[polvo a Dios.

Disipada aquella pena. Torres hom-  
bre de hogar, buscó un nuevo amor y  
lo halló perfecto en otra dama tan  
gentil y tan distinguida como la que  
había perdido, la señora Isabel Peña  
Sampedro. A ella también le dedicó  
una sentida composición, a la cual per-  
tenecen estas estrofas.

"Hay un país espléndido y lejano  
A do no llega nunca la aflicción,  
Ni el infortunio del dolor humano,  
Un trono soberano  
Allí te erigirá mi corazón...

Brilla sobre sus selvas perfumadas  
Eternamente un claro luminar,  
Y en aquellas regiones encantadas  
Las almas adoradas

Encuentran una patria y un hogar.  
En muda adoración por tu hermosura  
Quiere vivir mi corazón allí,  
Y el inmenso raudal de mi ternura,

Oh, niña hermosa y pura.  
Brotar todo y tan sólo para tí!  
Para tí, que celeste Mensajera  
Llegas al corazón y abres en él,

Los limpios horizontes de otra esfera  
En donde elada impera

La gracia de tu espíritu, Isabel.  
La gracia de tu espíritu, el encanto  
Sin par de tu hermosura virginal,  
Tu virtud, nimbo misterioso y santo,  
Que como el tenue manto  
De Tanit, hace un ángel de un mortal.

He querido recordar estos versos para mostrar otro aspecto de la personalidad de Torres, su temperamento sentimental, lo dulce de sus afectos, su pensamiento siempre noble y puro.

Pero al lado de este sentimiento, el que lo avasalló más, fue el supremo ideal por la libertad, la paz, la justicia, el derecho, la tolerancia, la concordia entre los colombianos. Su decidida oposición a todo acto de violencia, así fuera el más justo. El no desamparó nunca este ideal, y cuando la prosa no era suficiente para inculcarlo en las mentes extraviadas, apeló a la sonoridad del ritmo y así y por eso, pudo decir altivamente:

"Poco me importa que alabéis mi  
[canto:

Recojed mis ideas, Que por la causa  
[eterna las levanto

En luchas gigantescas,  
Amo la poesía, mas la llama  
Encendida en mi pecho

Con más amor en mi entusiasmo cla-  
[ma

Las lides del derecho.

Su anatema contra la fuerza, cuando ésta trata de supeditar la idea, fue siempre constante y viril; predijo con singular oportunidad lo que sucedería y lo que sucede, cuando los pueblos abandonan la justicia y la buscan por medio del exterminio y la sangre, eternas compañeras del martirio y del dolor, hermanas gemelas de la dictadura; así lo proclamó valientemente diciendo:

"Oh pueblos que encendéis la tea in-  
[fanda,

Castigo y prueba de linaje humano  
Si de duelo y pavor noche nefanda,  
La Patria cubre, si entre el odio in-  
[sano,

Y el salvaje furor que se desmanda,  
Sin freno la figura del tirano  
Aparece fatídica y siniestra  
Quejaros no podéis: es obra vuestra.

No tengo tiempo para hacer a fondo un recuento de toda su obra poética. Su hija, la Madre Paulina Torres Peña, al doctorarse en el año de 1945, en la Universidad Javeriana, en Filosofía y Letras, escribió un bello estudio analítico de la obra de su padre, en el cual campean por igual el donoso estilo, la amenidad de la frase, el justiciero e imparcial y el devoto amor filial. Desgraciadamente para las letras, las artes y la filosofía, aquella mente juvenil y entusiasta, falleció en edad temprana, cuando mucho se esperaba de su primorosa y privilegiada inteligencia confirmando con su muerte el conocido apotegma; de que los amados de los Dioses mueren jóvenes.

Quiero por último hacer notar ante vosotros cuáles fueron los escritores que modelaron el pensamiento y la inteligencia de Torres: Hugo, Renán, Guyan, Darwin, Spencer, Lamartine, Vigny, Quinet, Bergson, Bourget con quien sostuvo animada y frecuente correspondencia; los escritores y pensadores ingleses del siglo pasado y entre

los políticos europeos, llamaron poderosamente su atención Pi y Margall en España y a Waldeck-Rousseau en Francia. Algunos de sus admiradores han creído, que su orientación fue hacia el espíritu puritano inglés, pero creo, que si evidentemente, durante su permanencia en aquel país, estudió y comprendió a sus hombres de letras y de ideas, su formación cultural, fue más que todo francesa, así lo confesó él mismo, cuando creyó que Francia "es en muchos casos el mundo" y para aclarar su pensamiento nos dejó escrito esto:

"Si Francia ha visto desmejorado su poderío político en algunas épocas de su historia, las nuevas generaciones han reafirmado la indisputada hegemonía de su intelectualidad. Revela ella un sentido de maravillosa fineza, una cultura intensiva y exquisita, exponentes, de tan superiores maneras de pensar y de sentir, que proclamando están, cuan inmenso factor de luz en Francia, en la ciudad del espíritu humano".

Pero no solo como pensador, como sociólogo y poeta descolló Torres. También lo fue como legislador y como gobernante. Cuando llegó al Ministerio del Tesoro, llamado por el Vicepresidente Marroquín, después del desastre de Panamá, su voz, fue la orientadora del alma nacional, en aquellos desgraciados instantes. En los Consejos de Gobierno de ese entonces, fue el mentor y de ello nos dejó páginas perdurables; hoy poco conocidas, como fueron, el Manifiesto del Vicepresidente Marroquín al país y a los pueblos extranjeros, la apelación al Senado y al pueblo americano, el manifiesto a los Gobiernos extranjeros, páginas todas ellas llenas de vibrante elocuencia, de ciencia jurídica, de altísimos sentimientos de justicia, en los cuales se destaca igualmente la emoción dolorosa que aquel acontecimiento produjo en su mente, que se confundió en esos mo-

mentos con la mente y el pensar de todos los buenos hijos de Colombia.

Como legislador nos dejó una obra perdurable, benéfica, como la que más y a la cual se debe el prodigioso progreso del país; fue la ley de la libre estipulación, obra exclusiva suya, que libertó a la Nación de las ataduras y de las restricciones, que para las transacciones había establecido la Regeneración, doble camisa de fuerza, que tuvo estancado económicamente al país, durante más de quince años. De modo que Torres, no fue de aquellos hombres, de quienes habla Spencer, o sea de los que atraviesan la vida teniendo por único fin, la menor cantidad posible de pensamiento.

Todo lo que el corazón del hombre es capaz de sentir y adivinar, lo que la mente humana es capaz de saber, lo sintió, lo adivinó y lo averiguó Carlos Arturo Torres. Fue un verdadero optimista no solo en el progreso general de la humanidad. No creyó, como el desolado autor del *Eclesiastés*, que la peor ocupación que Dios ha dado a los hijos de los hombres, era aplicar a su estudio el espíritu de la ciencia; por el contrario, quiso sacar el espíritu humano de los colombianos, del marasmo en que lo habían sumido, tantos errores durante cien años, primero, por el sentimiento moral, que tiene el privilegio de sobrevivir a tantos desengaños, en todas las naturalezas nobles y después por la tolerancia, por la comprensión, por la curiosidad, tendencia aún de desengañados, que nos liga a las creencias de nuestros adversarios y nos hace hallarlas dignas de estudio y de atención, porque comprendió —y qué intensamente fue esa comprensión— que un ingenio libre de apasionamientos, es el crítico de sí mismo, y ve las debilidades de su propia causal lo contrario del hombre apasionado y absoluto, que audazmente identifica su causa con la del propio Dios, que cree le pertenece exclusivamente, que no

marcha sino a sus impulsos y de aquí que nunca pueda gozar de las delicias del pensamiento, que jamás puede conseguir la verdad en su forma pura, y muere engañado por sí mismo, lleno de ambición, creyendo haber dominado su entendimiento y a sus ideas cuando sólo es un tímido e indeciso, cuya propia timidez lo vuelve intolerante y perseguidor; las más de las veces atormentado en su interior, despreciando el ideal, que es la naturaleza ennoblecida, la perfección de lo real, flor de lo que existe, convirtiéndola en la Magdalena arrepentida, pálida y velada, atormentada de su carne, que era anteriormente la única razón de su existencia.

Todo lo contrario de esto, lo fue Carlos Arturo Torres: convencido de lo infructuoso de las luchas intolerantes y agresivas de sus compatriotas, quiso

rectificarles el rumbo y no temió abandonar las sendas suaves y fáciles de la llanura, por las cumbres cubiertas y románticas de las montañas, deleitándose en la sensación vaga y dolorosa, que el infinito hace nacer, por la plena y completa satisfacción, de una obra, que se cree buena, útil, benévola, progresista, dulce, recta, justa, admirable, tolerante y comprensiva.

Pensó que la humanidad no acepta otras cadenas como lo dijo Renán, sino las que ella misma se impone; creía que las ideas lo habían hecho todo y creía, que todo lo habían hecho bien. Esta fue la lección magnífica y perdurable que nos legó Carlos Arturo Torres y la que hace que su nombre lo pronunciamos hoy aquí y en toda la extensión del continente americano, con respeto, con admiración, con gratitud, con veneración y con cariño.



## REPUESTOS PARA MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL

AVENIDA CARACAS No. 17-87

TELEFONOS: OFICINA 417-625  
ALMACEN 428-227 Y 431-777

COMPLETO SURTIDO DE REPUESTOS  
PARA WILLYS - JEEPS - CAMIONETAS  
PIKC-UP - AUTOS - CAMIONCITOS.